

Música porque sí

Los amigos del futuro

Jiménez Osorio, Fabricio
Música porque sí - Los amigos del futuro | 1° Edición
Edición de Autor
Mayo 2018, Tucumán, Argentina.

Diseño: Patricio Dezalot
Distribuye: Lúbrica Libros
www.facebook.com/Lúbrica-Libros-924224124386589/

Agradecimientos:

*A mis amigxs Simona y Pato, por el empuje y la inspiración
A Claudio Rojo Cesca, por haber apostado a estas historias, y por cada uno de sus aportes para
sacarles brillo.*

Música porque sí

Lo que me gustaba de subir por las noches a la terraza del departamento, era sentarme en la orilla, mirar hacia abajo, y conectar mis cinco sentidos al estímulo de la altura. De esa manera me dejaba acaparar por la sensación de plenitud incomprensible de contemplar toda la vida de la ciudad de Tucumán a mis pies, con su infinidad de luces diminutas en movimiento. La magia en eso consistía en no saber racionalizarlo, en frustrarme al intentarlo.

Ayer fue mi cumpleaños y subí por primera vez solo. Creo que subí para saltar hacia abajo y terminar con mi vida, aunque no estoy del todo seguro. Tal vez no subí exactamente para eso. Pero estuve ahí, sea como fuere, y el hecho de que no me haya pasado nada no significa que no haya nada para contar. Joel, de algún modo, estuvo ahí conmigo de nuevo, como la primera y única vez que subimos juntos. Yo conocí esa terraza fantástica la noche que lo conocí a él. Parece mentira, pero hace más de un año que no sé nada de su vida, y es incómodo, porque no me acostumbro. Ayer en mi cumpleaños sólo quería estar abrazado a él.

“No sé suicidarme con valor ni decisión, mucho menos con precisión”, pensé en un momento, parado en la cornisa, sin mirar hacia abajo. En el fondo sabía que aprender a hacerlo era casi como aprender cualquier cosa, salvo por un detalle: si lo hacía bien, no lo podría hacer dos veces. ¿Pero para qué hubiera querido matarme tantas veces, si con una sola bastaba? Quizás por comparar a la muerte con la angustia repetitiva de vivir mi sucesión de días, supongo. Lo cierto es que era una noche estrellada y llena de encanto. Si ese encanto había conseguido maravillarme fue porque no era el momento oportuno para apropiarme destructivamente de mí mismo.

Empecé a fumar, de sentado, y mirando al horizonte por puro reflejo. No hacía falta marcharme porque ya me había decidido a gozar de estar ahí, preguntándome cada tanto: "¿qué será de la vida de Joel?", y "¿a Joel le interesará saber qué es de mi vida hoy en día?". Porque su desaparición fue repentina y, hasta ahora, definitiva. Siempre permanecí con la curiosidad de saber para qué se fue de una forma como esa, sin decirme nada. Tendría que preguntárselo, y lo cierto es que estuve más cerca de

matarme que de hacerlo. De cualquier manera sentía que algo se había encargado de inhabilitarme el acceso a esos dos rumbos.

Cuando se hizo de medianoche y mi cumpleaños llegó a su fin, el cigarrillo se me escapó de la mano, y cayó lentamente hasta aterrizar demasiado lejos mío, sobre la vereda. Ése era el último que me quedaba. En realidad, yo no fumaba, pero desde hacía algunos días había empezado a compenetrarme con las pocas cosas tangibles que me había dejado Joel. Y entre esas cosas se había olvidado un paquete de Lucky en mi mesita de luz. Dentro del paquete había cuatro cigarrillos que se conservaron durante meses con el paquete abierto, hasta anoche. "Ahora sí, ya no hay nada tuyo fuera de mí. Sólo humo, y está dentro de mis pulmones. Aunque no pueda tocarlo, me puede enfermar igual", pensé, como hablándole a él. Y me di cuenta que mientras le hablaba mentalmente no podía mirar fijo hacia ningún lado. En ese ejercicio de no fijar la vista consistía la preparación de un actor para hacer el papel de ciego. Había que mirar el techo, el piso y las paredes al mismo tiempo, y practicar eso durante un mes, todos los días. No sé si fue Norman Brisky o Lito Cruz el que lo aconsejó una vez en la tele, para alguna entrevista, y a mí se me había quedado grabado. Joel estudiaba teatro, por eso me acordé.

El punto es que me había cansado de mirar tanto hacia abajo y no encontrar nada convocante. El cigarrillo que se me había caído ya era invisible, se lo había devorado la noche. Esas luces de casas, de edificios, de autos, todas equivalían a un grupo de gente generando alguna historia. La terraza en la que me encontraba era tan alta y perfecta, que para ver las luces de la ciudad no hacía falta mirar hacia abajo. Era como comunicarme mentalmente con Joel —o como hacerme el ciego— simplemente tenía que mirar hacia todos lados a la vez, y ahí estaba la inmensidad toda para mí, como un monstruo amigable que me hace creer que está en la palma de mi mano.

Joel podría ser el de cualquiera de esas luces terrestres. Ni siquiera lo había buscado tanto como para rendirme. ¿Qué era buscarlo? ¿Hacer caso a una placa de facebook, por ejemplo, que aconsejaba mirar hacia adelante "para conocer la propia dirección", mirar hacia atrás "para no olvidar el punto de partida", mirar hacia abajo "para no pisotear a nadie", mirar hacia los costados "para ver quiénes están ahí en los momentos difíciles", y mirar arriba "para entender que alguien desde ahí me ve y me cuida"? Nada de eso valía la pena, porque a mi alrededor no había nadie, y de acuerdo a esa lógica berreta, todas las direcciones apuntan a alguien en lugar de apuntar a

algo. Si a mí alrededor ninguna dirección apuntaba a alguien más aparte de mí, era porque en el día de mi cumpleaños me había propuesto estar conmigo mismo. Y si Joel era la ciudad toda, sus calles, el ajetreo, los ruidos, y la brisa, era porque sólo me había ocupado de buscarlo en mi interior. Esa era la manera a través de la cuál lograba sentirlo, y sentir que estaba conmigo. Pero todo se volvía insostenible ante la incertidumbre sobre su paradero.

La verdad es que Joel había dejado de estar conmigo, y esa era su diferencia con "dios", porque "dios" sólo está en una dimensión discursiva, y Joel había estado conmigo de verdad, sin que me lo cuenten. Había estado intensamente conmigo, como sólo un humano sabe estar. Me imaginé de nuevo saltando al vacío y cayendo en sus brazos. A eso decidí fantasearlo con los ojos bien cerrados. "¿Será que únicamente en esta terraza y en ningún otro lado es posible reencontrarme con Joel, que vive dentro mío?", me cuestioné. No encontré respuesta a eso.

Abandoné la terraza con una extraña tranquilidad, y el firme propósito de reencontrarme con Joel redoblando la apuesta, es decir, de una manera mucho más íntima que ahí. Bajé hacia la salida del edificio pensando en lo maravilloso que sería salir a la calle y chocarme de frente con él una vez más. Cada vez que soñaba con eso, de inmediato elegía pensarlo caminando solo, por una calle céntrica de algún otro país, quizás limítrofe a Argentina, abstraído como yo, conectado perturbadoramente consigo mismo, aunque sin preguntarse por mí.

Al edificio había llegado en el 109. Durante el viaje tuve muchas ganas de largarme a llorar, porque sentía que no servía de nada seguir cumpliendo años, seguir extendiéndome en el tiempo. No tenía ningún sentido que eso estuviera pasando, no sabía para qué sucedía, por qué tenía que atravesarlo sin haberlo elegido, para qué debía seguir viviendo... Y así mis ganas de recordar a Joel en la cornisa, se confundieron con débiles ánimos de suicidio. En total debo haber estado no más de veinte minutos ahí arriba, pensándolo y fumándole el último pucho de su paquete.

Pero volviendo a lo del viaje, no pude llorar. A mi lado iba sentado un niño con su madre, y no dejaba de mirarme en silencio. Me miraba muy fuerte. Era horrible no saber qué hacer con el peso de su mirada. Tenía miedo de transmitirle mi tristeza a esa pobre criatura y marchitarlo, pero con esos ojos escalofriantes, más que una criatura parecía un monstruo. Prefería hacer como que no existía, como que no había nadie. Era peor... Hasta que subió Gabriela al bondi. Gabriela es mi hermana. Ni bien

me vio se acercó a saludarme, pero no se acordó de mi cumpleaños, y no quise decirle nada. A ella también, como a casi todo el mundo, hacía muchísimo que no la veía. Verla no me servía en absoluto, y seguramente era una sensación mutua, lo cual no explicaba su necesidad de sentarse adelante mío para darse vuelta y charlarme. No tenía necesidad de hacerlo, ni yo contaba con la fortaleza de pedirle que se callara y me dejara en paz. Obvio, ella no tenía por qué saberlo, pero en mi cumpleaños de ayer yo había decidido no estar con nadie, ni comunicarme con nadie. Mi celular había sido apagado y guardado para evitar cualquier molestia. La gente se pone muy demandante cuando uno cumple años, y es difícil lidiar con eso. Por ejemplo te reclaman que “hagas algo” e invites, como si hubiera algún motivo válido de celebración, o lo que es peor, como si adaptarse a ese ritual fuera un deber y nada más que un deber.

Mi hermana monologó hasta hacer despejar el bondi. Yo deliraba con que la gente se levantaba y se iba por ella, y me reía por dentro. El niño que me miraba fijo también se fue, por suerte, tomado de la mano de su madre. Lo que me contaba era sobre un casamiento igualitario al que había ido el fin de semana, el primero en su vida. Lo expresaba con alegría fingida. Los novios eran los amigos de una amiga suya, o algo así.

—Me sentía una transgresora de otro tiempo, no sé, ¡de los 80! Era una vieja chota, con sólo 35 años. Fui decidida a divertirme, a drogarme y cogérmelos a todos, desde el más pendejo hasta el más jovato. Porque me encantan los putos, su felicidad es la mía, los amo, me calientan, me enloquecen, me siento uno de ustedes, pero con vulva. Atrapado en un cuerpo de mujer falocentrista y con vértigo anal, así es como vivo desde que tengo uso de razón. Bueno, vos ya sabés. Siempre quise ser puto, por eso me hice cargo de mi deseo y lo soy. Soy el más puto de todos. Más puto que vos soy, incluso. Porque vos sos igual a esos extraterrestres maricas que había en el casamiento, y ese estilo de puto a mí no me cabe en absoluto, no es mi target, no sé para qué existen, así nomás te lo digo. ¿Para qué vas a ser gay si no vas a ser feliz? El mundo espera algo más de ustedes ¡aún hoy! Y yo sentía que estaba rodeada de putos de otro planeta, que me hacían a un lado, que rechazaban mi presencia, mi fuego, todo mi glamour. Fui el puto incomprendido de la fiesta, y me comí ese garrón hasta el final, porque la hicieron en un salón a todo trapo en el cerro, no tenía cómo volverme a casa, y porque había gastado una fortuna en el vestido, los zapatos y el peinado. Me

alcé un pedalín terrorífico, que me costó una resaca abominable el día que siguió, sin nadie que me cuide. Un desastre todo, ¿pero sabés qué?, estoy contenta, sin motivo alguno porque no lo necesito. Eso sí, la música estuvo tremenda, hubo electrónica la noche entera, trance, deep house, progressive house, una locura. A vos te hubiera encantado. Creo que la música y la comida fueron lo mejor del casamiento. Y lo peor fue el ambiente, sentirme así, tan ajena a esta nueva generación de putos extraños, introvertidos, sin plumas ni escándalo, tan correctitos y prolijitos y calladitos y pelotuditos, bailando apenas con movimientos mínimos, en el mismo lugar, sin despeinarse ni ensuciarse. Todo muy acartonado, muy políticamente correcto, y no hay nada más vomitivo que lo políticamente correcto. Mis amigas locas de antes, las clandestinas, son mil veces más divertidas. Ellos sí que son como yo y saben pasarla bien. Pero de esos no hubo ninguno en la fiesta, porque también se quedaron en el tiempo y prefieren la clandestinidad a esto. No sé, ahora me acabo de dar cuenta lo divididos que están ustedes entre ustedes, sobre todo por esta cosa de preferir casarse trajeados y haber dejado atrás algo tan fundamental para liberar y transformar al mundo como lo es el mariconeo. Qué se yo, igual de loca militante no tengo un pelo, de eso me podés hablar vos, mi amor. Y va a tener que ser después, porque acá me bajo. Nos vemos, te quiero, y cambiá esa carita de culo, ¿ok? Te llamo en la semana, ¡bye!

Se levantó, miró por la ventana, y se dio cuenta que en realidad para su parada faltaban unas cuadras más.

—Qué boluda, no es acá, falta un poco más. ¿Qué es eso que tenés ahí?, ¿te hiciste ver?, ¿estás enfermo?, estás muy brotado. —me dijo, señalándome el cuello y los brazos. A esa altura yo sólo quería que me tragara la tierra.

Gabriela se refería a mis ¿sarpullidos?, ¿eccemas?, ¿mezcla de las dos cosas? No sé exactamente qué es lo que tenía. Sigo sin un diagnóstico, no fui a hacerme ver. Me pica un poco, sobre todo en momentos de tensión, pero me acostumbré y cometí el error de naturalizarlo. Sólo caigo en conciencia de la posible gravedad de mis signos corporales cuando me ponen en evidencia públicamente, pero a mi responsabilidad le termina ganando la vergüenza, el sentirme acomplejado. Y así es como las consultas médicas van quedando siempre para después. La única medida que había tomado había sido suspender por remeras el uso de camisas, para así evitar la exposición de mi cuello y pecho, pero el asunto avanzó considerablemente. En eso pasábamos por Santiago y

Suipacha, y aproveché la leyenda escrita con aerosol violeta sobre la pared blanca de una farmacia abandonada, que decía:

**MAMÁ, PAPÁ, SI ME AMAN,
ÁMENME PUTO
MARCOS**

Con eso me hice el distraído y le evadí a mi hermana el tema de mi piel.

–Qué genial esa pintada. Abajo acción poética y toda esa garcha solemne. –suspiró Gabriela, refiriéndose a esa misma pared.

No quise decirle nada, pero a eso lo había pintado yo el año pasado, y casi me costó la vida. Gracias a Joel, que apareció de la nada en el momento justo, como un perfecto desconocido e intervino sacándome de encima a los matones en manada que se me vinieron al humo, es que puedo contar hoy todo. Fue la mejor forma de haber conocido a alguien en mi vida. Joel es mi héroe. Recuerdo esa escena como si hubiera sucedido hace minutos. Apenas había terminado de pintar la pared, empecé a oír los primeros insultos como ladridos feroces. Tuve mucho miedo. Eran alrededor de seis bravucones enfurecidos conmigo, dispuestos a atacarme todos a la vez. Era de madrugada y nadie pasaba por esas calles. Me largué a correr y uno de ellos, el más alto, me alcanzó y me tironeó de la capucha, me empujó contra la pared, me arrebató mi aerosol, me agarró del cuello y me dijo: “Los putitos como vos me tienen los huevos muy llenos ¿sabés? Te vamos a hacer mierda”. Me obligó a abrir la boca, con intenciones de dispararme aerosol en el paladar e intoxicarme. Entonces apareció Joel, lo pateó por la espalda, lo hizo caer, y le pateó en el pecho. Me agarró a mí de la mano, y nos largamos a correr mientras los otros cinco nos perseguían y lanzaban piedras, palos, naranjas, y basura que encontraban. Corrimos varias cuadras con Joel de la mano, me hizo doler, porque yo no tenía la misma resistencia que él, sólo me dejaba llevar. Cuando los perdimos, agitado y transpirado, le di las gracias y él me dio un abrazo, como para irse y dejarme solo de nuevo. “Esperá, no te vayas. Quiero saber más sobre vos, ¿cómo te llamás?, ¿por qué me ayudaste?”, le dije. Ahí fue cuando él tuvo la iniciativa de invitarme a la terraza, que era su lugar secreto de meditación. Subimos y charlamos mucho frente a una vista maravillosa, que para mí era toda una novedad. Me contó que estaba cursando tercer año de Teatro, que tenía veintidós años, y que su papá lo había corrido

de su casa. Estaba parando ahí, porque el portero de ese edificio era amigo suyo, aunque a veces también dormía en la plaza Belgrano. Previo a eso había estado viviendo una semana en un telo de la zona del Bajo, pero lo clausuraron y al dueño de ahí lo llevaron preso por asesinato, así que tuvo que buscarse otro lugar donde mudarse. Me dijo que él también es gay, y que no era la primera vez que ayudaba a alguien, pero que a ese grupo de chicos no los había visto nunca y que yo tendría que tener más cuidado al andar por esa zona, a esa hora. Le volví a dar las gracias, lo invité a mi casa, pero al menos esa noche no quiso acompañarme, y yo no insistí. Parecía querer estar solo.

–Yo estoy con un herpes que me tiene del tomate. Lo estoy tratando. –me comentó Gabriela, como para variar, arrancándome de los pelos de mi propio recuerdo con su siempre inoportuna autoreferencialidad y su voz chillona. “¿A mí qué me importa tu herpes?”, pensé. –La semana pasada me prestaron un libro de un doctor que no me acuerdo ahora el nombre, pero habla de las somatizaciones. Eso que tenés en el cuello, de acuerdo a lo que él dice en el libro, es una manifestación de rechazo a tu entorno. Pensalo –me dijo– Y ahora sí me voy. Cuidate. ¡Hacete ver!

La vi bajarse y saludarme desde la vereda, y pensé que ese solo hecho aliviaría mi urticaria. “¿Rechazo a mi entorno?, por supuesto, sobre todo a personas insoportables como vos, cuya única forma de comunicarse es monopolizando la palabra, y cagándose por completo en sus interlocutores”, pensé suspirando. Luego cerré los ojos, me entregué a la brisa que se disparaba sobre mi rostro desde la ventanilla abierta, y me calmé. En esa calma reflexioné sobre el egocentrismo y el individualismo propio y ajeno, y deseé contar con herramientas teóricas para comprenderlos. Mi hipótesis, en relación al egocentrismo e individualismo mío y de Gabriela, fue que quizás habíamos pasado muchos años de nuestras vidas postergándonos a nosotros mismos para ser depósitos de deseos y metas ajenas, sin habernos dado cuenta. "Por eso es que tampoco aprendimos a vincularnos", pensé.

Era evidente que conectarme con mi hermana en una charla no integraba mi lista de planes, ni siquiera a largo plazo. Me había rendido quien sabe cuándo. ¿Pero qué le hubiera contado sobre mí, después de todo?, ¿hasta dónde hubiera llegado con mis confesiones? ¿Le hubiera contado que hacía un par de horas nomás había vuelto a coger con alguien después de muchísimos meses sin hacerlo?, ¿le hubiera contado que ese pibe, además de removerme cuestiones acerca de Joel, me había robado la

billetera?, ¿le hubiera contado que estaba yendo hacia el edificio de la terraza que a Joel y a mí tanto nos gustaba, y que mis ganas de estar ahí tenían que ver con abandonar el mundo? Desde luego que no. Y tampoco se lo hubiera contado a nadie. Por empezar, me resultaba vergonzoso dar a conocer mi prolongada abstinencia de sexo. No había vuelto a acostarme con nadie después de Joel, hasta que Segundo se cruzó en mi camino. Lo conocí justamente ayer a la mañana, de manera muy azarosa. “Qué serio sos. Por chat parecías más divertido”, es lo primero que recuerdo que me dijo después de saludarme. Por esas casualidades de la vida habíamos estado conectados en el mismo cyber, yo en la máquina 26, y él en la 4, así que ni bien nos enteramos de eso, decidimos cortar sesión y citarnos en la vereda. Tampoco es que hayamos chateado tanto. Segundo me había escrito un privado al face, pero como no era un contacto amigo, su mensaje había ido a parar a una casilla de mensajes ocultos. Mi necesidad de chequear esa casilla surgió a raíz de la pérdida de mi billetera en un taxi. No sabía qué hacer para recuperarla, pero no tanto por la plata, sino por mi DNI. Como hacía poco tiempo la había extraviado, conservaba esperanzas de recuperarla rápido, y mucha voluntad de intentarlo todo.

“Hola Marcos, me encontré tu billetera tirada en Congreso y Crisóstomo, en el cordón de la vereda. Iba por cruzar la calle y la pateé sin querer. Pero está a salvo y conmigo. Puse tus datos en el buscador y así encontré tu perfil. Escribime y coordinamos para que te la devuelva”, decía su mensaje, que además adjuntaba una foto de mi billetera abierta mostrando mi DNI. Le respondí y empezamos a chatear. Casi no teníamos amigos en común. Me pareció llamativo que él tuviera agregados tan pocos contactos, solamente 241, mientras que yo casi tres mil. Más del 80% de sus amigos eran varones. Sus fotos lo delataban marica, sobre todo las de sus salidas nocturnas, posando con varios personajes de Diva y otros boliches. Era atractivo, de lomo trabajado, fibroso, bronceado, y ojos claros. Me gustó que me piropeará por mi foto del DNI. Al mismo tiempo me asombraba y me hacía gracia que una situación de tensión como la pérdida de mi billetera haya derivado, de un momento a otro, en una suerte de... ¿levante?

“Gracias che. Vos por foto parecías más alto y sos re petiso”, le dije bromeando al darle un abrazo. Pero le estaba diciendo la verdad. Era un enano muy sensual. Me invitó a almorzar a su casa y acepté. En el trayecto, que lo hicimos caminando, le conté que en un momento de desesperación me había ido hacia radio LV7 para pedirle al

locutor que por favor anunciara el extravío de mi billetera en Congreso y Crisóstomo, donde me había bajado del taxi, porque el tachero iba escuchando esa emisora durante el viaje. “Qué loco”, me dijo Segundo. Fue una respuesta como en automático, pero la matizó con un tono de voz suave y una sonrisa que me pareció demasiado tierna. En ese preciso momento en que me sonrió, yo ya entendí en qué terminaría nuestro almuerzo. Por mi parte había muchas ganas, y cargaba como nunca una cajita de preservativos en mi bolsillo. Quizás fue eso, mi excitación por el cuerpo y actitud de Segundo, lo que me llevó a preguntarle de pronto tantas cosas a modo de cuestionario adolescente, desde su signo zodiacal y color favorito, hasta sus noviazgos y proyectos profesionales. Llegué a preguntarle si alguna vez había estado detenido, y me dijo que sí, que había estado preso en Córdoba por muy poco tiempo, hacía cuatro años atrás. Como condición para contarme esa historia de su pasado, me pidió que me limitara a oír con atención su relato sin preguntar absolutamente nada. Acepté, pero poniendo una nueva condición: ir a almorzar a mi departamento. Nos quedaba mucho más cerca que el suyo, y además, ante la desconfianza mía de estar con un desconocido que había estado en prisión, prefería ser yo quien tuviera el control de la situación. Subimos y calenté pizza que había quedado del día anterior. Él estaba notablemente más hambriento que yo, y entre bocado y bocado, me contó la historia de su estadía en la cárcel:

–Soy productor de películas porno. Filmamos todo acá en Tucumán y Córdoba, y vendemos el material a un sitio gay de Europa. Estoy en esto desde el 2008, masomenos, y vivo de esto. Empecé en Córdoba. Formamos una sociedad con mi ex pareja, pero después de que se destapara la olla y me detuvieran, él se bajó y se fue a vivir a Buenos Aires, y yo seguí adelante con todo por cuenta propia, en solitario. Me fui de Córdoba apenas me liberaron y me vine a vivir acá a Tucumán. Sergio se llamaba mi ex. Se llama, no murió. Sigue laburando de lo mismo allá en baires, le va bien, le va mejor que a mí. Es actor y gana bastante más de lo que ganaba laburando conmigo. Yo no actúo, lo mío es salir a buscar pibes lindos y predispuestos, convencerlos de hacer unas tomas desnudos, buscar locación para eso, filmar y vender después todo a Europa. Lo que pasó esa vez que se pudrió todo, fue que otra productora, la competencia, me hizo una cama y me mandó un pibe menor de edad. El pendejo del orto nos encajó medio kilo de merca en donde filmábamos, que era una casa alquilada. Estuve tres años guardado. Salió en los diarios, fue un escándalo,

porque fue en tiempo de elecciones y encima mi viejo, que todavía estaba vivo, se había candidateado para intendente. El muy hijo de yuta me entregó en bandeja. Ni por casualidad me fue a visitar estando yo en cana. Después salí y se la cobré con mi ausencia cuando más me necesitó, pero eso es otra historia. Ya pasó bocha de aquel bardo, que, te digo la verdad, no se lo deseo a nadie, fue lo peor que me pasó. Ahora me va mejor, aprendí un montón, sobre todo a tomar mayores recaudos antes de negociar. Pero bueno, ya hablé mucho, creo. Me incomodan una banda los forros que monopolizan la palabra. Equilibremos la charla así no nos aburrimos. Contame vos cómo va tu cumple y si esperás algún regalo en especial.

—¿Mi cumple? Bien, qué se yo. Pero, esperá, ¿de dónde sacaste que hoy estoy cumpliendo años, si no nos conocemos?

—Te acabo de conocer porque me encontré tu billetera tirada, y en tu billetera me encontré tu DNI, y en tu DNI me encontré tu fecha de nacimiento.

—Está bien. —sonreí. —No sé, no tuve tiempo de pensar en regalos. Creo que no espero más nada de la vida. Y tampoco de eso estoy tan seguro, pero es un sentimiento que me asalta a toda hora. No sé cómo explicarlo. Preferiría que mejor no habláramos de eso. Lo tuyo me interesa más, lo de producir y comercializar porno gay local para el mundo.

—¿Qué más te gustaría saber?

—¿Cómo elegís a los modelos?

—No son modelos. Bah, algunos sí. No es un condicionante. Me tienen que gustar y en lo posible encajar en los parámetros imperantes de belleza física, qué se yo, postura erguida, mirada sugerente, delgadez, facciones armónicas, dientes impecables, espalda ancha, pantorrillas medianamente voluminosas... Eso como mínimo. Acá encontrás muchos universitarios que van perfecto y agarran viaje por no tanta plata. Generalmente elijo pibes comunes y sin experiencia. Son menos pretensiosos, y se esmeran el doble o triple que los modelos.

Mientras me enumeraba las características físicas que buscaba, giraba en torno a mí, y me observaba de arriba abajo. Me puso un poco incómodo. Me acordé de Joel y no sé por qué relacioné todo lo que me dijo con su aspecto físico. Mi cabeza partió desde ahí, y sin que pudiera detenerla se terminó creando una imagen de Joel ganándose la moneda a cambio de alguna toma para las películas de Segundo. Joel era exactamente lo que buscaba Segundo, un joven apuesto, sensual, universitario, y sin un mango.

–Quedate quieto... ¿Qué tenés ahí? –me preguntó Segundo, refiriéndose a mis sarpullidos.

–Nada, vengo muy estresado y el cuerpo me pasa factura. –le mentí, como para salir de paso. Supuse que tener la piel sana era una condición excluyente para actuar en alguna de sus películas.

–Relajate. –me dijo. –Sos muy lindo, y te merecés un regalo tan lindo como vos. Así que, desde ya, va a estar difícil.

Su halago me dio vergüenza ajena. Sin ese tipo de comentarios era un tipo macanudo. Le di las gracias, de todos modos. A esa altura ya estaba empeinado con averiguar a como dé lugar si Segundo había conocido o no a Joel.

–Vos también sos lindo. –le dije. No le mentía. En cierto modo me excitaba más su relato que su cuerpo. Pensé que mi averiguación podía esperar, ya que a eso se le había superpuesto la curiosidad de probar si Segundo era o no un buen garchador. De acuerdo a mi corta experiencia, los piropos flojos antecedian casi siempre a un excelente desempeño en la cama. Y Segundo hacía películas porno, que además se vendían al exterior. Seguramente eran buenas. Tenía que ver si Segundo era tan bueno como sus películas, y aunque no haya visto ninguna, me dispuse a iniciar la comparación desde lo más próximo a mis manos: primero Segundo, luego sus películas. Por suerte a él no lo frenaron mis sarpullidos, ni me demostró imaginarse nada raro de mí por tenerlos. Me la hizo bastante fácil. Deslizó, sin permiso, su mano por mi nalga. Cuando le hice lo mismo a él, me agarró esa mano y me la puso sobre sus huevos. “Dejame elegir a mí dónde tocar”, pensé en decirle, pero me quedé callado y lo dejé guiar.

–Feliz cumpleaños. –me dijo y comenzó a besarme.

Nuestra cogida no estuvo tan mal. Después de pasar tanto tiempo sin hacer nada con un pibe, casi que me había olvidado lo que se sentía. Fue emocionante. Sin embargo, no creo que hayamos estado lo suficientemente conectados como para hacerlo realmente bien. Porque, a decir verdad, me la pasé recordando a Joel, de principio a fin. Segundo besaba igual que Joel, empezando por piquitos secos, luego delineándome los labios con la lengua, sellando el beso con un piquito húmedo posterior a una suave mordida–succión de labio superior, todo esto con una mano en mi nuca, y la otra mano envolviéndome la cintura. Me gustaría poder decir que con Joel disfrutaba más de eso, pero no. También peteaba igual que Joel, con los mismos juegos de cerrar el prepucio y

meter la lengua hasta acariciar todo el glande, y después tragárselo entero hasta la campanilla, sin raspar ni morder el tronco, ni babearlo de más. Con Joel nunca había alcanzado un jadeo como el que me robó Segundo. Y al momento de coger, Segundo no tan sólo se ubicaba en los mismos espacios de la cama que utilizaba Joel, sino que además decía a cada rato: “mmm, mi amor”, de la misma manera y con el mismo tono de Joel. Esto en Segundo sonaba más visceral y endemoniado, por ende, con mayor ímpetu que el de Joel. Y así le siguieron un montón de parecidos más, que fui atravesando con profunda extrañeza y asombro. A la vez me preocupaba por evitar que percibiera estos estados contradictorios míos, sobre todo porque se notaba que él estaba dando lo mejor de sí, a diferencia mía. Lo último que se me hubiera ocurrido decirle hubiese sido: “che, pero vos hacés exactamente lo mismo que me hacía él, y con vos me gusta más”. Primero porque no me hubiera creído, y segundo, porque lo hubiera desconcentrado, con el riesgo de echar a perder todo sin eyacular. Consciente de eso, igualmente, no sé por qué, necesité contárselo a alguien, a un tercero, algún buen confidente, y escuchar luego con suma atención cada palabra de sus opiniones.

¿Cómo podía ser posible que la persona de quien estoy enamorado, aun haciendo lo mismo que un desconocido, fuese flojo en comparación a este? En ese caso, ¿por qué amaba a Joel, que de un día para el otro había decidido borrarse, transformándose así en una permanente evocación? Era cierto que su mérito de salvarme la vida en pleno ataque homofóbico no lo había superado nadie hasta ese momento, ni siquiera Segundo, cuyo único mérito había sido “salvarme” la billetera. Tampoco podría decir que con Joel todo había sido una idealización correlativa a su acto heroico, porque él me encantaba, y si podía comparar sus comportamientos sexuales con los de Segundo, era porque aún tenía muy presentes a estos (con Joel me había encamado más veces que con Segundo). ¿Será que hace un año atrás, cuando Joel seguía siendo cotidiano a mí, yo no estaba preparado para disfrutar de prácticas corporales que ahora sí?, ¿o será que me estaba reenamorando de Joel a través de Segundo? Todo eso me cuestionaba a mí mismo mientras todavía no lograba darme cuenta de algo clave: Segundo no tenía problemas con vivir en este mundo, a diferencia de Joel, que era un potencial suicida.

Ya en el baño, a solas conmigo mismo después de haber acabado, abrí la canilla del lavatorio y me senté en el inodoro con la tapa cerrada, a pensar. Afuera me esperaba Segundo, acostado en mi cama, fumándose una tuquita que habíamos encontrado en

mi biblioteca. “¿Se supone que acabo de hacer un casting sábana? Ahora es tiempo de averiguar si Segundo conoció a Joel, y ver si puede ayudarme a encontrarlo. En caso de haberse conocido con él, seguro lo hizo actuar en alguna de sus películas. Y si eso pasó, fue porque previamente cogieron”, pensaba. Mi concentración se vio interrumpida por la música que puso Segundo. El blues nacional nunca había favorecido mi inspiración. A Segundo, en cambio, parecía encantarle, porque había aumentado el volumen del equipo a un extremo que trascendía mi paciencia. Joel nunca hubiera sido así de invasivo, y además sus gustos musicales iban siempre a tono con los míos. Con él aprendí mucho sobre música electrónica. Cada vez que escuchaba house progresivo me acordaba inevitablemente de él. Observé el cielo unos segundos a través de la ventanilla del baño. Pensé que en realidad estaba todo más claro de lo que yo creía. Tenía que haber empezado por ahí, por buscar las diferencias entre ambos, y no las similitudes.

Cuando salí del baño me llevé una desilusión inesperada. Segundo se había ido, dejando el equipo de música prendido, la puerta de mi departamento abierta, y mi DNI sobre la almohada. Mi billetera no estaba por ningún lado. Menos mal que tenía ahorros guardados en el placard. Por suerte no me robó más nada. Me tumbé sobre la cama con todo el peso de mi cuerpo y pensé: “Joel nunca me hubiera robado”. Evidentemente Segundo no era un pornógrafo sino un fabulador. O tal vez un taxi boy. De otro modo no me explicaba su necesidad de sustraer mi billetera y conformarse con los quinientos pesos que ahí había. Fue a partir de ese momento que elegí pasar el resto de mi cumpleaños con Joel como mi único invitado imaginario. Apagué el celular, lo guardé en la mesa de luz, y desconecté también el fijo, pensando que elegir a Joel tenía que ver con elegir una ausencia a modo de resguardo. Me bañé, cargué el paquete de cigarrillos que había sido de Joel, y con eso y un poco de plata salí a la calle. Me tomé el 109 con muchas ganas de llorar, sin saber hasta ese momento que la sombría mirada de un niño, y el exaltado monólogo de mi hermana Gabriela, me impedirían el llanto, mas no mi llegada a destino: la ex terraza de Joel.

Desde la vereda del edificio volví a fantasear con el suicidio, pero esta vez era Joel quien se tiraba desde la cornisa y caía sobre mis brazos. Creo que hubiéramos sido muy felices sin su curiosidad por conocer la muerte. Jamás me había preocupado tanto por alguien desde aquella vez que Joel había vaciado mi botiquín en su estómago, y había salido a caminar empastillado, para morir en una plaza por la que

casualmente yo iba pasando. Podría no haberlo encontrado a tiempo y no haberlo alzado y llevado en un taxi hacia el hospital. Esa mañana se salvó, pero sus ganas de morirse no se extinguieron tan fácil. Siempre pensé que me abandonó para poder suicidarse en paz. Una vez, mientras caminábamos por el centro comiendo un pancho, me dijo: “Vos no te querías morir, vos sólo necesitaste expresarle algo a tus viejos pintando esa pared. Pero a vos esos pibes te iban a matar. Es distinto. Si yo me cruzaba con vos viéndote a punto de saltar de un puente, no iba a intervenir por respeto a tu decisión. Porque nadie, ni yo, ni esos mierdas que te atacaron, son tan dueños de tu cuerpo y de tu vida como vos, por ende, la única persona con el derecho a decidir el fin de tu vida sos vos. Si alguien intentara matarme delante tuyo y contra mi voluntad, y vos lo evitás, te lo agradecería la vida entera. Pero si ese alguien que intenta acabar con mi vida soy yo, por favor, no te metas. Yo soy mío, no tuyo. Tenés que entenderlo”.

La verdad es que no lo entendí nunca. No quise. Me nació vivir para cuidarlo. Me nació abandonarme para dedicarme a él, siguiéndole los pasos para que cada intento suyo de suicidio fuera un fracaso. Y en mi cumpleaños era él o la nada. Nadie, ni siquiera Segundo me pudo regalar un rato con Joel. Quizás ese reencuentro ansiado haya tenido que ser un autoregalo. Era seguro que no nos íbamos a abrazar, pero no importaba, porque mi deseo era reencontrarme con él de una manera mucho más íntima que antes, sin ese miedo por su muerte que para lo único que había servido era para desencontrarnos. Hacía tiempo que me había desenamorado de nuestros desencuentros y de ese sabor a inalcanzable que le daban a sus besos.

“Si de acuerdo a su lógica, suicidarse es adueñarse de uno mismo, ¿qué me faltó a mí para saltar de la cornisa?”, pensé. Joel me había salvado para que pudiera seguir usando mi propia vida y mi propio cuerpo. En lugar de hacer eso, yo había abandonado mi vida y mi cuerpo para dedicarme a la vida y al cuerpo de él. Y en vano había sido, porque todo lo que había conseguido era desencontrarme tanto con él como conmigo mismo. Por lo tanto yo no tenía que matarme, lo que tenía que hacer era recuperar mi cuerpo perdido para poder revivirme.

Poco tiempo pasó hasta que de tanto caminar hacia ningún lado me encontré una fiesta electrónica. Una vez adentro fui directo hacia la barra y me compré un trago llamado “Orgasmo”. La música estaba buena y sonaba muy bien. El ambiente, tranqui. No conocía a nadie. Con mi trago en mano subí hacia el vip y desde ahí me dediqué a

mirar lo que pasaba en el interior de la pista. Ya sabía que no iba a encontrar a Joel en medio de la gente, y que no correspondía ponerme a buscarlo. Así y todo deseaba compartir al menos un rato ahí con él, sólo para saludarnos, a lo sumo intercambiar dos palabras, ni siquiera toda la noche. Yo también tenía que poder abandonarlo alguna vez. Pero con música electrónica de fondo no era tan fácil. Creo que a los dos nos encantaba la electrónica por ser un género despreciado por los homofóbicos, que la catalogaban como “música de putos”. La sentíamos muy propia, además, y nos compenetrábamos de lleno con su apuesta sensorial. Para él era la evolución de la música clásica, y para mí la revolución misma de la música.

Me costó terminar mi “Orgasmo”. Era un trago bastante fuerte. Su efecto me facilitaba el ejercicio de desnaturalizar todo a mí alrededor. Y ese ejercicio siempre me había servido a la hora de abrirme nuevos horizontes. Hasta no haber vaciado el vaso fui testigo no participativo de la fiesta. Me conmovía ver a tanta gente bailar así, porque quedaba a la vista que todos ahí estaban bailando para ser, y no para conquistarse entre sí. Esa era otra virtud de la música electrónica. Al quedar desdibujadas las convenciones y los roles, nadie que la estuviera bailando tendría que fingir ser alguien que no es. Tal vez haya sido eso lo que intensificaba las percepciones en esa pista, y propiciaba la búsqueda de un paraíso donde sólo existiera el tiempo presente. Pero eso lo supe después, cuando de sentirme conmovido pasé a sentirme interpelado.

Quise dar una vuelta por el lugar, para conocerlo, y me di cuenta que estaba más mareado de lo que creía. Me fui hacia otro sector del vip y me hipnoticé desde un nuevo ángulo con la pista. Gracias al poder del trago sentía que no había nada que me pudiera molestar. Pero contemplando con extrañeza el éxtasis de la gente, no podía evitar preguntarme: “¿para qué nos estamos sintiendo bien?, ¿para qué sirve sentirse bien?”. Obviamente cada uno de estos interrogantes giraba en mi mente no tanto para encontrar respuestas, sino para verse barridos por la música, que en sí misma me parecía una droga alucinante. Hasta ahí no me había dado cuenta que la vida era exactamente como todo lo que estaba escuchando, y que cada situación extraordinaria llegaba siempre antecedita por una extensísima intro. Además sentía que vivir la vida era como vivir en un set de música electrónica, transitando historias tras historias mezcladas entre sí, siendo cada tema una historia conectada una con otra de manera refinada, casi imperceptible. Para cada set –como quizás para cada día en la vida–

había un eje de fondo, una constante. En el caso de mi cumpleaños ese eje era, sin lugar a dudas, la evocación a Joel. Sentía que había tardado demasiado en elaborar un razonamiento tan elemental como ese.

“Pero sentirnos bien, ¿para qué sirve?”, me volvía a preguntar. Responderme esa pregunta implicaba integrarme al paraíso que invadía mi campo visual; unirme a esa masa de seres brillantes que escapaban de sus angustias diarias dentro de la pista de baile, quedando expuestos entre sí y al mismo tiempo escondidos del caos del mundo exterior. Viéndolos me invadía una suerte de convencimiento de que cada uno de ellos, al igual que yo, también se sentía extraño sin la presencia de su alguien, por eso necesitaban hacer lo que hacían. Y lo que hacían era emitirle una respuesta enérgica a sus sensaciones de extrañeza mediante el baile, que no es otra cosa que la búsqueda de goce sin límites. Cada uno de ellos brillaba, y yo tenía ganas de empezar a brillar también, y responder con movimientos a la estaticidad de mi desencuentro físico con Joel.

My lexicon, de Sander Kleinenberg, empezó a sonar casi como una señal en el momento justo. Es un clásico del house progresivo, que a Joel y a mí nos fascinaba, y que con seguridad no hubiera sonado en ninguna otra fiesta esa noche en todo Tucumán. Caminando hacia la pista recordé que develar el misterio acerca de qué era lo que había querido decir Sander Kleinenberg al componer *My lexicon*, seguía siendo una deuda pendiente. Siempre había querido saber de qué se trataba ese tema, por su potencia y su ritmo, pero por todo esto sólo terminé limitándome a saber qué es lo que siento al oírlo, y siento que cada vez que vuelvo a escucharlo es la primera vez.

Me uní a la fiesta, llegué hacia el centro de la pista, me quedé ahí solo, en medio del humo, la euforia de la gente, las luces de colores, cerré mis ojos y bailé *My lexicon* libremente, con todas mis ansias. Y bailándolo pude sentir conceptos tales como la expansión y el infinito atravesándome el cuerpo, y pude dialogar con cada uno de esos estímulos sonoros que me recorría. Mi cuerpo había dejado de estar situado en los márgenes de mi vida y en la privación sensorial, y había pasado a ubicarse en el centro. En un momento dado empecé a oír gritos muy fuertes, y cuando abrí mis ojos para ver qué pasaba, descubrí que habían abierto el techo y se podían ver las estrellas. “Qué lindo”, dije riéndome después de mucho tiempo sin hacerlo. Era hermoso. Por alguna razón también había juegos artificiales. No había nadie que no estuviera bailando. La celebración del placer en ese espacio de resistencia similar a una cajita

musical se había apoderado de mí, me había absorbido, para comunicarme que sentirse bien era, en realidad, el único motivo para seguir.

Los amigos del futuro

Estaba profundamente dormido. Sin querer había hecho preocupar a la azafata, que llevaba largo tiempo sacudiéndome el brazo para pedirme por favor que me bajara. Cuando abrí los ojos de manera repentina, vi que en el avión no había nadie más a excepción de ella y yo. Le pedí disculpas y me ofreció ayuda para bajar. Podía solo, así que le di las gracias y fui en busca de mi equipaje.

El aeropuerto de San Miguel de Tucumán estaba a la vanguardia de los aeropuertos argentinos. Me dediqué a dar un paseo en su interior. Pensaba que lo iba a recorrer atentamente en pocos minutos, pero al percatarme de su deslumbrante enormidad, sustituí esa idea por un licuado de banana con alfajores de maicena en el primer bar cultural que encontré en mi caminata. Me senté de cara a la ventana a desayunar en soledad, mirando la gente ir y venir, concentrándome especialmente en chicos. Como ninguno de ellos iba a fijarse en alguien como yo, me los cogía a todos imaginariamente. No me importaba que pudieran ser mis nietos. Yo también había sido joven, como ellos la última vez que anduve por acá, cuarenta y cuatro años atrás. Pero antes éramos más... discretos. Los jóvenes tucumanos que tenía el placer de mirar, ostentaban una belleza digna del porno gay más refinado. Hasta el más intrascendente me resultaba hipnótico, en especial un joven petiso y rubio, que andaba solo y llevaba puesta una remera blanca a rayas negras, pantalón gris oscuro con tiradores, y una boina. Al cabo de varios segundos mirándolo fijo, conectó su mirada a la mía y se quedó así, mirándome él a mí. Era como si quisiese decirme algo y no se animaba. Fruncí el ceño y me rasqué la frente. El joven de boina se fue como si huyera, y ahí me di cuenta. Su inquietante parecido con mi amigo Rafael explicaba todo. Pero era descabellado esperanzarme en que fuese él, además, en caso de estar vivo (cosa que era imposible) tendría que ser un anciano como yo. Así y todo, me brotó el impulso de dejar el dinero de mi consumición sobre la mesa y apresurarme a seguirlo. Primero tendría que localizarlo entre la multitud de turistas. No me iba a quedar tranquilo sin intentar abordarlo, por mucho que me costara. A lo mejor ese chico era algún sobrino de mi amigo, y podía contactarme con su familia. Necesitaba algún dato sobre Rafael, por más mínimo que fuera, y a esta altura de la vida solo esperaba saber si había sido o no sepultado, y dónde.

– ¡Señor! ¡Señor! –gritaba a mis espaldas una chica. Era la moza del bar llamándome, lo supe al darme la vuelta. –Su valija, señor, se la está olvidando.

– Muchas gracias. –le sonreí sonrojado de la vergüenza.

Con mi valija en mano, agitado y con palpitaciones, abandoné la ilusión de localizar a ese joven que se parecía a mi querido amigo Rafael. Caminé por el shopping del aeropuerto, tratando de respirar serenamente. Me senté en un banquito al lado de un niño que jugaba con un globo rojo. Saqué mi cuaderno nuevo y un bolígrafo con la intención de escribir algo, pero de nuevo me vi distraído por otros jóvenes apuestos. Coger con cada uno de ellos imaginariamente me parecía más entretenido que empezar a escribir una novela que al fin y al cabo nadie leería. En los últimos tres años las ventas de mis libros recientes habían caído estrepitosamente. Todo gracias a Björn, un crítico literario londinense con el que estuve de novio hasta ayer. Me dejó y me echó de su casa porque se había cansado de reprocharme falta de atención, no sin antes quemar mi único manuscrito de mi última novela, “Bifurcaciones felices”. En el tiempo que duró nuestra relación, él estaba obsesionado por impedirme que siguiera dedicándome a la escritura. Para eso ponía en marcha un plan que ahora me parece demasiado evidente, pero que antes no lo captaba: movilizaba a prensas internacionales para reseñar libros míos inhallables de cuando tenía veinte años y vivía aquí en Tucumán. La consecuencia de esto, en principio, era pasármela año tras año hablando una y otra vez en cuanta conferencia y programa televisivo me invitaran, sobre la producción literaria de mi juventud. Lo hacía inocentemente, buscándole algún sentido a ese artificioso “fenómeno” mediático orquestado por Björn, sin leer entre líneas que era una trampa. Mientras tanto, me publicaban novelas nuevas, y a nadie le interesaba comprarlas ni leerlas, porque todos querían encontrar mis títulos antiguos y descatalogados. Björn me decía que ya había escrito todo lo que vine a decirle al mundo, que lo esencial en mi obra ya había sido publicado, y que a mi edad era hora de retirarme para dar lugar a voces emergentes y empezar una nueva etapa, pero como esposo y amo de casa en lugar de escritor.

Por mi parte me limitaba a pensarme a mí mismo a través de mis libros antiguos. Luego de una extensa entrevista para el New York Times, se me había hecho un click en la cabeza respecto a aquellos libros. En esa época, allá por el año 2016, nada de lo que escribía lo terminaba de escribir yo, sino que cada manuscrito parecía agobiarse de mí y expulsarme bajo el mensaje “*¿no ves que ya soy un libro completo y libre? No tenés más nada que quitarme ni agregarme*”. Tiempo después tuve la desgracia de conocer las consecuencias de no ejercer dominio sobre los desenlaces de mis textos: la ficción

contenida en éstos se convertía en mi realidad. Por suerte “Bifurcaciones felices” era de los pocos libros al que había culminado yo, aunque materialmente haya dejado de existir gracias al fuego arrasador de mi ex, Björn.

Con mi bolígrafo en mano y mi cuaderno nuevo sentía que podía intentar escribir “Bifurcaciones felices” nuevamente, recuperarla de mi memoria, que aún la atesoraba con total frescura. Sin embargo, la página en blanco estaba ahí, con muchas ganas de perturbarme. No sentía deseos de volver a escribir sobre papel aquella historia tan terrible acerca de la utopía de una amistad para toda la vida. De solo pensarlo me generaba escozor. Y aunque me parecía una locura, creía que si no volvía a escribirla, caería sobre mí la condena de vivir esa historia en carne propia. Ya había tenido mucho de eso a mis veinte años. Vivir como habitante de una novela inacabada, hacer de la vida eso, una novela, puede parecer lindo hasta que las escenas se salen de control. A mis setenta y dos años ya no estaba para ese tipo de trotes.

Guardé mi cuaderno en el preciso instante en el que se me impuso la Plaza Independencia como pensamiento perfilado a obsesión. Quería iniciar mi estadía de un año completo en San Miguel de Tucumán dando un paseo por esa entrañable plaza. Aunque planeara hospedarme una semana o dos en cualquier hotel céntrico, lo cierto era que no tenía dónde vivir. Geriátricos para tortas, trans, y maricas como yo habían en todo el país, excepto en Tucumán. Me dijeron que no se la pasa tan mal en esos hogares. Igualmente estaba seguro de seguir prefiriendo viajar, invertir toda mi jubilación en conocer lugares que me generen emociones variadas, y escribirlas, pero para mí, no para publicarlas en ningún lado. Mi último destino, antes de Tucumán, había sido Berlín, que es de donde vine. Ahí estuve invitado a un congreso de literatura para disertar sobre los libros que escribí a los veintipico.

La semana que viene voy a cumplir 73 años. Sin darme cuenta había llegado a esta edad tan avanzada a la que nunca deseé llegar. Algo que no le admitiría jamás a nadie era que se me estaba haciendo cada vez más difícil manejarme solo. Cuando me enfrentaba a la vejez, mi miedo del pasado, los demás tenían que percibirme como autosuficiente. Pienso que la vida se me estiró demasiado, se me hizo sumamente larga, y pareciera ser que no termina más. Pero ya no me importaba tanto, porque después de muchas caídas había podido aprender a disfrutarla con entusiasmo.

Es emocionante y extraño al mismo tiempo llegar a viejo y seguir haciendo cosas por primera vez. En ese momento, por ejemplo, para llegar directo a Plaza

Independencia me iba a tener que tomar un subte desde el aeropuerto. El primero en toda mi vida. Mientras que en Buenos Aires había taxis voladores, la novedad de Tucumán eran los subtes. Uno de mis grandes caprichos había sido renunciar a viajar en subte en cualquier parte del mundo, esperando en que mi primer viaje en subte fuera en San Miguel de Tucumán. Si bien ya podía cumplir ese sueño, ahora me parecía absurdo, porque lo quería cumplir siendo joven.

A la salida del aeropuerto me tomé el subte hacia Plaza Independencia. A mis espaldas y sin que me diera cuenta entró, después de mí, aquel joven de boina que había perdido de vista hacía minutos. Ya en viaje tomó coraje y se sentó al lado mío.

– ¡Victor Blanco! –me dijo, lleno de emoción.

– Hola, ¿cómo estás? –le di la mano. –Yo te había visto recién, ¿puede ser?

– Así es. –me respondió estrechando mi mano y dándome un beso. Ahí aproveché para oler de cerca el delicioso perfume de su ropa y su cuello.

– Qué suerte volver a encontrarte.

– ¿Por qué lo decís? Soy yo el afortunado de estar aquí viajando al lado tuyo. Nunca me lo hubiera imaginado.

– No entiendo. –le dije desconcertado y algo intrigado.

– Tengo todos tus libros. Ahora estoy empezando a leer éste que me compré la semana pasada. –sacó un ejemplar de segunda mano de “Piedras en el bolsillo interno” que llevaba consigo y me lo puso en las piernas. –Me vas a hacer muy feliz si me lo firmás.

– Sí, como no. –le dije, sacando mi bolígrafo y abriendo el libro en la primera página.

–¿Cómo te llamás?

– Lorenzo.

– Lindo nombre. Ahí está.

– ¡Muchas gracias!

– Por favor. ¿Sabés, Lorenzo? Sos muy parecido a un amigo muy querido de mi juventud. En realidad sos idéntico a mi amigo. Apenas me di cuenta al verte, corrí a buscarte para saber de vos. ¿Conocés a Rafael Palomar?

– ¿Él es tu amigo?

– Si. Era. Falleció, me dijeron.

– Perdón, no sabía. Su nombre me suena, pero no sé de donde... ¿Lo estás buscando?

– No sé. Creo que sí.

– ¿Cuánto hace que murió?

– No tengo idea. Tampoco sé de qué murió, ni dónde, ni nada. Nunca quise averiguar. Pero siento que eso cambió esta mañana, entre otras cosas gracias a haberte visto mientras desayunaba.

– Me encantaría poder ayudarte a encontrar algún rastro de tu amigo.

– No te preocupes. Se me va a pasar... como todo.

– Pero ya estás acá.

– Sí.

– ¿Viniste a eso?

– Buena pregunta. En parte sí. Mirá, la verdad es que todo este tiempo, desde que abandoné Tucumán, estuve convencido de que Rafael realmente había muerto. Pero resulta que ahora no lo puedo creer. Y al mismo tiempo que me parece un disparate pensar que está muerto, también me parece un disparate pensar que está vivo.

– No entiendo. –sonrió confundido.

– También yo necesito entender algunas cosas. –le dije devolviéndole la sonrisa. –Ya que estamos en confianza, te quiero compartir algo. –abrí mi valija y saqué una bolsa con una enorme bandera gay guardada en su interior. –Mirá esta reliquia. ¿Decime si no es hermosa? ¿Cuánto pagarías vos por una como esta?

– No sé.

– ¿Cuánto crees que pagué yo?

– No tengo idea.

– Muchos miles, no quiero ni pensar en ese colchón de guita del que me tuve que desprender. Las vueltas de la vida a veces son algo increíble, Lorenzo. A esta bandera la hicimos aquí en Tucumán hace cincuenta años, con mi amigo Rafael Palomar. Hace tres días, antes de viajar a Berlín, me reencontré con ella en una subasta, ¿sabés dónde?

– No.

– En Barcelona. Hubiera dado una oreja o un ojo por descubrir, o que alguien venga y me cuente cómo carajo es que esta bandera llegó tan lejos. Ya está, ahora es mía de nuevo. Es terrible tenerla, muy muy terrible, no te lo puedo explicar con palabras a eso. –volví a guardar la bandera en mi valija.

– ¿Terrible para bien o para mal?

– ¿Te dijeron que hacés preguntas muy buenas vos? Dejame pensar. Yo creo que es bueno que esta bandera haya vuelto a mí. No estaría hoy acá en Tucumán si no fuera por esta bandera. Ahora que la tengo y que estoy acá, lo único que me falta es saber qué hacer con ella. No puedo llevársela a la tumba de mi amigo si no sé dónde está.

– A lo mejor no murió.

– Yo prefiero creer que sí.

– ¿Por qué?

– No sé. A tu edad siempre decíamos que teníamos que morir jóvenes. Yo lo decía en broma, pero creo que de su parte iba en serio. No me lo imagino viejo como yo.

– ¿Y ahora adónde vas?

– A Plaza Independencia, ¿me acompañás?

– Sí.

– Gracias Lorenzo. –le dije tomándole la mano y dándole un beso. Lorenzo era un chico muy lindo. A su edad hubiera movido todos los hilos necesarios para conquistarlo y hacerlo mi novio. A la vez su mirada de niño perceptivo me inspiraba deseos de protegerlo como a un sobrino nieto. –Sos muy bueno conmigo.

– Quiero saber más sobre tu bandera y sobre tu amigo Rafael.

– Bueno, con Rafael Palomar nos conocimos en una besada masiva que se hizo en la puerta de UNSTA. Era una protesta contra la presentación de un libro que promovía terapias de reversión para homosexuales. Así, a los besos, nos hicimos amigos muy rápido, y empezamos a organizar a otras maricas amigas, amigas de amigas, y desconocidas también, que se acercaban a nuestros ciclos de proyecciones y mateadas con ganas de sumarse a la lucha, aunque sin saber muy bien cómo ni haciendo qué. Fundamos entre todos la Agrupación Rufina, en honor a Rufino Requejo, un puto legendario de aquí.

– Sabía de él. Estudiamos su vida en Historia de la disidencia en el NOA I.

– ¡No me digas! En nuestra época jamás habría ocupado un plan de estudio. Sobre la agrupación te puedo decir que se mantuvo firme sin interrupciones por casi una década. Fueron años muy hermosos que pasamos con mi amigo luchando por construir un Tucumán nuevo, que sabíamos que no veríamos, porque no teníamos ganas de ser señoras grandes. Queríamos trabajar para el futuro, para las mariquitas jóvenes y nonatas, y para que tuvieran una infancia más sana que la nuestra. En ese entonces

las probabilidades de que esa evolución ocurriera en Tucumán eran altas, aunque a paso lento. Rafael y yo habíamos decidido ser protagonistas de eso.

– ¿Y esta bandera que me acabás de mostrar es la de la agrupación que tenían tu amigo y vos?

– Claro. En Barcelona apenas la tuve no pude evitar besarla y llorar de la emoción. Nos dio muchos dolores de cabeza esta bandera, así como la ves. Fue tal el amor que le pusimos al hacerla, que cualquiera podría creer que terminó cobrando vida propia. Mi primera experiencia con eso fue en una fiesta que hicimos. Una de las tantas, porque nos la pasábamos haciendo fiestas todo el tiempo, por cualquier cosa. Con eso recaudábamos fondos para mantener en pie a la Agrupación Rufina y financiar las actividades y eventos que integraban nuestro programa. Fue en una de esas fiestas que la bandera esta desapareció por primera vez. Removimos cielo y tierra, pedimos ayuda públicamente, y nada funcionó. Así que hicimos otra, lógicamente. Un mes más tarde fui a ver una obra de Ciro Romano, que era un musical gay con desnudos masculinos en una época en que el cuerpo marica parecía empezar a pasar de moda. Ganaron infinidad de premios con el musical ese, y yo caí ahí porque tenía que redactar una reseña por encargo. La obra se llamaba “El remanso inasible”. Todavía me acuerdo el preciso momento en que la obra llegaba a su fin y yo casi caigo desmayado de la ira al ver cómo dos personajes desplegaban al público nuestra bandera extraviada, como parte de una escena. Para qué contarte lo complicado que fue conseguir que nos la devolvieran. Toda una odisea recuperarla de ese siniestro grupo teatral que nos hizo la vida imposible. Pero volvió a nosotros, y en la agrupación ahora teníamos dos banderas. Las cuidábamos por igual a las dos, aunque con la otra jamás hubo problemas. Era ésta la bandera problemática. A los tres meses de lo de “El remanso inasible”, la bandera apareció en un circo de Rosario. Otra aventura desagradable recuperarla. Un año después nos la secuestró un grupo de evangelistas con la intención de prenderla fuego. Milagrosamente llegamos a tiempo para impedirlo, se salvó de arder por un pelo. Y así la bandera nos fue haciendo enfrentar a situaciones cada vez más arriesgadas. Creo que eso fue lo que nos desgastó como grupo. Muchos chicos se alejaban porque decían que al final solo militábamos para perder y recuperar sistemáticamente esta bandera, una y otra vez. Otros se quedaban, pero decían que había que desapegarse de ella y dejarla ir. Y al final la bandera desapareció del todo, por largos años, y ya nadie más quiso mover un dedo para

buscarla. Te soy sincero, las búsquedas en sí nunca funcionaron. Siempre que la encontrábamos era de casualidad, y era una sorpresa además. En esos momentos en los que sentíamos que había dejado de tener sentido buscarla, ahí aparecía. Y bueno, como la agrupación se disolvió, la bandera no volvió a aparecer por ningún lado.

– Hasta ahora.

– Sí, hasta ahora. Igual yo no estuve militando en la Rufina hasta el final. Me fui un año antes de que mis compañeros se separaran. Rafael quedó como único líder de la agrupación. Yo un buen día junté mis cosas y me tomé un avión directo a Brasil. De eso hace más de cuarenta años ya. Cuando emprendí mi viaje estaba seguro de querer volver a los seis meses. Me fui en marzo diciéndole a todo el mundo que en septiembre volvería. Obviamente nadie me creyó, e hicieron muy bien.

– ¿Te quedaste a vivir en Brasil?

– No mucho. Tres meses. Tres meses muy intensos. Aunque en el fondo lo que más deseaba era irme a vivir a Europa. No sin antes volver a Tucumán, por supuesto. Algo pasó, y por alguna razón simplemente me fui a Europa sin volver. No me arrepiento de eso. Me enteraba igual de todo lo que pasaba aquí, pero haciendo la mía allá. Pensaba que iba a volver a encontrar en el mundo otro amigo como Rafael, y que iba a seguir fundando agrupaciones LGTB en cuanto país, ciudad y continente habitase, pero nada de eso pasó. Porque me dediqué exclusivamente a la literatura, y a vivir de la literatura, como autor, editor y librero, cosa que cuando yo tenía tu edad era imposible hacer aquí, completamente imposible.

– ¿Y al activismo lo abandonaste?

– No creo que el activismo sea algo que se pueda abandonar con facilidad. Lo que sí dejé de hacer es militar orgánicamente. No lo volvería a hacer tampoco. Además la heteronorma perdió vigencia, por lo menos en las capitales más influyentes del mundo. Eso se fue expandiendo con fuerza a lo largo de estos últimos años. Por ende, la homolesbotransfobia se está empezando a considerar hoy en día un tipo de odio antiguo y obsoleto, en gran parte gracias a que la lucha por penalizarla fue la que más prosperó. Aunque es cierto que la historia dice que no hay que bajar la guardia y cuidar cada una de nuestras conquistas, porque siempre se puede volver al peor pasado. Pero yo no sé. Antiguamente, por ejemplo, pensar en la legalización del consumo de placer vital, que antes le llamaban drogas, era inimaginable. El VIH, antes, no tenía cura, e imaginarlo como ahora, curable, era utópico. No sé cuánto

tiempo más me quedará a mí de vida, y después de todo lo que pasé siendo joven, realmente vivo y percibo una evolución increíble. En cambio a la literatura me voy a seguir dedicando, independientemente de todo, hasta mi último segundo de vida. ¿Qué pasa que me mirás así?

– Nada, me llama la atención un punto. No es la literatura lo que te hizo volver, sino la nostalgia del activismo. No viniste hasta aquí para presentar un libro. Viniste por la bandera que tenés ahí guardada como un tesoro, siendo que por esa misma bandera también te podrías haber quedado en Europa.

– Podría haberme quedado también, es cierto. Pero eso no hubiera sido muy literario, ¿no? –le dije y nos reímos– Mirá, en parte te doy toda la razón, solo que en lo que respecta a mi vuelta, la literatura y el activismo no están dissociados. Es más, se complotan con un éxito por demás llamativo. Si te fijás, las novelas mías que la gente busca leer no son las de ahora. Son las de cuando militaba. ¿Por qué en medio de todo eso me vengo a reencontrar con esta bandera? La vida me está queriendo decir algo, es sumamente obvio.

– ¿Qué es lo que pensás de todo eso?

– No sé. Viajar tanto te expande la percepción de las cosas, pero solo hasta cierto punto. Si te pasaste la mitad de tu vida viajando, como hice yo, esa expansión parece tener un límite más inmediato. Hoy por hoy ansío otro tipo de viajes, como por ejemplo un viaje a través del tiempo, aprovechando que ahora está tan de moda. De cualquier forma cada viaje te impregna de algo. Para mí la bandera gay estuvo de maneras muy diversas y crípticas en cada uno de mis viajes. Porque yo antes de vivir acá vivía en un pueblo recóndito en el interior de Chaco. Y venir a vivir a Tucumán me cambió la vida para siempre. Acá tuve mi primera relación sexual con un chico. Acá estudié y milité. Mi primera marcha del orgullo fue aquí. Todo eso me marcó a fuego. Pero me llevó mi tiempo comprenderlo. Y creo que la primera vez que lo comprendí fue en una elección presidencial. Cuando me tocó volver a mi pueblo porque no tenía tramitado el cambio de domicilio y tenía que votar allá. Al bajar en la terminal para sacar pasaje de vuelta a Tucumán, encontré pegada en la ventanilla de la boletería una calcomanía que decía “CRISTO, el único camino”. Lo que me llamó la atención fue que “Cristo” estaba escrito con letras multicolores, como la bandera LGTB. Que usaran nuestros colores me pareció tan nefasto como todos los robos de nuestra bandera, porque a una bandera se la construye, no se la roba. Y a la vez me admiraba de que esa calcomanía era la única

forma que tenía, en ese entonces, de ver a la bandera LGTB en un espacio público de mi pueblo, en donde el activismo no existía. Había que impulsar ahí un movimiento de tortas, trans y gays, justamente para que “el único camino” no fuera Cristo. Y también era curioso que estuviera pegada ahí, en una boletería de la terminal.

– ¿Por qué curioso?

– Por su carga simbólica. En la terminal van y vienen colectivos.

– ¿Y eso qué relación tiene?

– Mucha, muchísima. Lo que pensé ahí mientras subía al micro era que, quien no fuera capaz de impulsar colectiva o individualmente un movimiento LGTB en ese pueblo, tendría que elegir, mientras pueda, irse o quedarse. Yo ya había elegido irme. El desafío seguía ahí, de todos modos, dándome vueltas, y lo veía difícil, ya desde el primer momento. Porque al ocupar mi asiento, me encontré a una marica amiga que también viajaba a Tucumán, y le conté todo. Él solamente atinó a decirme *ay, corazón, te ponés así y se te arruga la piel. El que diseñó esa calco no estuvo pensando en nada de eso. Es solamente un arcoíris.*

Lorenzo se disolvía en risas.

– Víctor querido, acá nos tenemos que bajar. –me dijo– ¿Necesitás ayuda con tus valijas?

– No, ¡por favor! No te molestes. No pesan nada.

Nos bajamos y subimos a la calle. Allí él se encontró a un grupo de cuatro amigos, que aparecieron para robármelo. Uno más hermoso que el otro, y muy simpáticos conmigo. Lorenzo les había hablado de mí y de mis libros, pero obviamente ninguno de ellos compartía con él ese interés. Me invitaron a almorzar, y me negué. Mi propósito no era ese. Para no sonar egoísta con Lorenzo y sus amigos, le di mi tarjeta y quedamos en juntarnos a tomar un café al día siguiente. Antes de despedirnos volvió a abrazarme, y esta vez su perfume se pegó a mi ropa.

– Quiero que sea mañana para volver a verte. –me dijo.

– Mañana prometo no hablar tanto sobre mi pasado. –bromeé, y emprendimos rumbos opuestos.

Él y sus amigos caminaron hacia Barrio Norte y yo caminé dos cuadras hasta llegar a Plaza Independencia. Entré. Me acerqué a la fuente, me quedé un rato ahí, mirando el agua moverse y brillar bajo el sol de mediodía. La plaza no había cambiado. Yo había llegado dispuesto a verla cambiada y estaba conservada como antes, o como

siempre. Me puso un poco triste esa sorpresa. La caminé, igualmente. La recorrí, la respiré, la miré mucho, sintiéndome bastante solo en medio de tanta gente alegre, agitada e insignificante.

Descansé las piernas un rato, sentado en un banco a la sombra de un naranjo. Cerré los ojos y respiré profundo. Los abrí y apunté la vista al mástil. Flameaba en él la bandera de siempre, esa que nos habían reprochado no tener en una protesta frente a casa de gobierno, bajo el grito: “*¿qué hacen con esa bandera gay acá? ¡Tienen que tener la celeste y blanca!*”.

Cuando me fui de la plaza, una bandada de palomas revoloteó alrededor de la estatua de la Libertad y alzó vuelo formando figuras en el cielo hasta desaparecer. Hasta eso yo ya sabía que quería pasar por 24 de septiembre y Rioja. El trayecto hacia la dirección en cuestión fue el esperado: edificios nuevos, uno tras otro, todos altísimos e imponentes. Ninguno me gustaba. Después del sabor a nostalgia que me había dejado ver cada cosa en su lugar en la Plaza Independencia, tras largas décadas, necesitaba volver a encontrarme con alguna otra cosa antigua, cualquiera que sea, y no ponerme triste. Me programé para alegrarme, y entonces llegué adonde quería. En la esquina de 24 de septiembre y Rioja parecía estarme esperando aquella enorme casa que tanto habíamos anhelado, con Rafael, transformar en un centro cultural marica. Estaba ahí, llena de malezas, paredes y vidrios rotos, grafiteada, maltratada, invadida por telarañas. No me inquietaba tanto eso, sino el cartel que anunciaba su “Demolición total”. Pero así y todo me alegraba verla, porque mal que mal esa casa había resistido, y en ese hecho solo podía percibir magia.

– ¿Víctor? ¿Sos vos?

– ¿Eh? –dije en respuesta a la voz que me llamaba.

– ¡Víctor!

Era él, mi mejor amigo. Estaba pelado y algo encorvado. La piel de su cara muy venida a menos, pero la mirada seguía siendo la misma, la de aquel Rafael inquieto, penetrante y esquivo. Solo en sus ojos bellos podía convivir tan única contradicción. Caminamos uno hacia el encuentro del otro, tiramos sobre la vereda nuestras cosas, y pecho contra pecho nos frotamos incrédulos las espaldas. Recuerdo haber sentido en ese momento que un abrazo así como ese era simplemente todo lo que estaba necesitando en la vida hace tiempo.

– ¿Qué hacés acá? –me preguntó. Era como si todo él sonriera de alegría.

– Llegué hoy, recién. –atiné a contestar sin pensar lo que decía, y lo volví a abrazar fuerte, porque en el fondo me parecía insólito que estuviera pasando algo así. –¿Por qué estás vivo?

– Lo mismo me pregunto a veces a la mañana cuando me levanto y le gano al despertador. Supongo que a vos se te habrá pasado ya el enojo.

– ¿Cómo voy a estar enojado? ¿Enojado con vos? ¿Yo?

– No me hablás ni me escribís hace cuarenta años, Víctor.

– Vos tampoco a mí. Pensé que habías muerto. Fui un...

– Shhh, nada. Sos vos el que me alargó la vida entonces.

Lo abracé de nuevo, por tercera vez. Ese tercer abrazo hizo disparar en mi cabeza la proyección de toda la historia de nuestra amistad en una milésima de segundos. Lo miré con extrañeza y él me acarició la mejilla. En sus dedos se fueron prendidas un par de lágrimas mías. Estaba llorando sin darme cuenta.

– Guardate esas lágrimas, haceme el favor, ¿querés? –me dijo sonriente, y me hizo reír. –Vamos a tomarnos un vino ahí al frente.

–Vinoteca El reencuentro... –leí en la entrada del lugar al que Rafael me estaba invitando.

– El recuerdo. –me corrigió él.

– Perdón, estoy cada día más chicato. Me gusta el nombre que le pusieron.

– Que le puse, corazón. Es mi vinoteca.

Me abrazó y cruzamos la calle Rioja en dirección a “El recuerdo”. Adentro estaba lleno de cuadros de Rodo Bulacio, Juan José Hernández, Gabriel Iturri, entre otras maricas célebres que Rafael siempre había admirado.

–Acá. –me dijo, luego de conducirme hacia una mesa ubicada al lado de un gran ventanal con vista a la casa próxima a demoler. – Este es mi lugar. Quiero que brindemos.

– Salud, amigo mío.

– ¡Salud!

Chocamos nuestras copas y bebimos. El vino me hizo bien. Era exquisito, además.

– Hermoso lugar. –le dije.

– Gracias. Costó, pero acá está, y me va muy bien. No te das una idea lo mucho que me alegra que estés acá conmigo. ¿Me querés decir cómo vamos a hacer para ponernos al día sin morir en el intento?

– ¿No nos alcanzaría la vida? –sonreí.

– Si no nos hemos muerto hasta ahora, ya no sé. Contame a qué se debe tu vuelta. Me imagino que te vas a quedar. ¿Dónde estás parando?

– En ningún lado, por ahora.

– Te venís a casa y no se habla más. Quiero que la conozcas, te va a encantar, vas a ver.

– Yo quiero que veas una cosa. Pero antes tenés que cerrar los ojos. –le dije y al asegurarme de que los tenía bien cerrados, abrí mi valija y saqué la bandera. –Ahora podés ver, y tocar también, si querés.

Rafael agarró la bandera con manos temblorosas y la examinó minuciosamente. Sacó un paf de su bolsillo y aspiró.

– ¡Sos un loco! –exclamó– ¿Cómo puede ser?

– La compré en Barcelona, en una subasta. Ya no puede irse a ningún lado, no se nos puede seguir escapando más. ¡Es nuestra otra vez! Toda nuestra.

– Pero Víctor, esta bandera nunca nos quiso a nosotros.

– Nunca nos quiso inactivos.

– Bueno, puede ser. –suspiró– Me late muy fuerte el corazón, amigo. Hasta recién creía que no iba a volver a ver más nada de nuestra querida Agrupación Rufina. Sabías del incendio de mi casa hace veinte años...

– ¿Qué incendio? No. Contame.

– ¿Vos no creías que yo había muerto? ¿No era por eso?

– ¿Te moriste? No entiendo.

– ¡No, tonto! Mi casa se incendió y perdí todo. Mis recuerdos de toda la vida, incluyendo nuestras cosas, se perdieron... para siempre. Yo estaba de viaje cuando eso pasó, por eso me salvé y lo puedo contar. Pensé que estabas al tanto.

– Nadie me avisó.

– ¿Y de dónde sacaste que morí?

– ¿Qué importa eso ahora? Este vino es buenísimo.

– Es mi favorito.

Al hacer un trago mirando hacia la ventana, en dirección a la casa abandonada, me sorprendió sobre el vidrio el reflejo de mi amigo Rafael que se le superponía a aquella casa. Volví a mirarlo a él.

– Escuchame –le dije– tenemos que hacer algo. Esa casa no puede ser demolida, es patrimonio histórico.

– Está en ruinas. Van construir un hotel ahí.

– ¿Te acordás cuando queríamos hacerla centro cultural nosotros, y no teníamos un mango? Ese fue el único sueño truncado por falta de dinero.

– Mmm, yo no lo recuerdo así de esa forma. Vos te fuiste de un día para el otro y nadie más se quiso hacer cargo de lo que habíamos construido. La falta de plata jamás fue algo que nos haya frenado.

– Como sea, voy a comprar esa propiedad y vos me vas a ayudar a evitar la demolición de esa casa. No la pueden demoler. Vamos a comprarla, así en ruinas como está, no importa. La vamos a rescatar.

– ¿Y vamos a hacer ahí ese centro cultural que nunca hicimos?

– No. Ya no. Vamos a hacer un Club de Abuelxs LGTB.

– Victor... Mirá, es una idea en verdad hermosa...

– Dale, que te veo venir, no empieces con pálidas, por favor te lo pido. Lo vamos a hacer, te estoy diciendo. Están todas las condiciones dadas para eso. Hasta una bandera tenemos. ¿No ves ninguna señal vos?

– ¿Señal de qué?

– De que tenemos que hacer algo.

– Yo creo que tuvimos un tiempo para hacer muchas cosas, y eso ya pasó. Fue bello aquel tiempo, porque las hicimos. No hay fuerzas ahora. La historia es otra, cambió todo. Y ya estamos viejas.

– La Plaza Independencia sigue idéntica. Nuestra bandera parece nueva. Esa casa... ¿qué hace ahí todavía una casa tan antigua? Es más vieja que nosotros dos. Ya era una casa vieja cuando vos y yo éramos jóvenes y le echábamos el ojo.

– Lo sé. El punto es este, son las maricas jóvenes las que tienen que seguir activando, no nosotros. Para eso luchamos siendo pendejos.

– ¿Para descansar? ¿Para no hacer nada ahora en grandes? ¿Qué sentido tiene la vida hoy, entonces?

– No puedo creer que todavía sigas sosteniendo ese discurso.

Rafael me la hacía difícil. Sentía que con su táctica me desafiaba a convencerlo. Pero yo sabía que no lo iba a convencer, sobre todo porque no tenía ganas de esforzarme. La experiencia y los años de amistad, más allá de toda una vida de

desencuentro, me ayudaban a intuir que Rafael, más que ser convencido necesitaba ser estimulado. Eso siempre me había parecido paradójico, puesto que, en su momento, él había sido ese amigo más estimulante entre todos mis amigos fundamentales. Ahora era otra persona. Ambos, en realidad, habíamos dejado de ser los de antes. ¿Pero qué me aseguraba que eso fuera cierto? ¿Tan solo el paso del tiempo?

– Igual, amigo, no te apresures. –me dijo pensativo– Es necesario que hagamos ese club de abuelxs. Yo de verdad creo que es muy necesario hacerlo, y sí, quiero que lo hagamos. Pero no quiero que mi norte en esa construcción sea la búsqueda del sentido de la vida. Puedo respetar que en vos siga intacto ese espíritu que teníamos. Mi motivación no puede seguir siendo esa a mi edad, no sé si me entendés. Pero mejor, mirá, hagamos una cosa, hacé de cuenta que no dije nada. Hagamosló al club de abuelxs. Lo hagamos. La edad que tenemos es... no sé... es...

– ¿Qué es? ¿Irrelevante? ¿Injusta?

– Es irreal.

Y al decirme eso me dirigió una mirada demasiado honda, con la que consiguió intimidarme. Tragué saliva sin saber muy bien qué era lo que debía responderle. Rafael tenía razón, y yo lo comprendía, pero su respuesta no dejaba de resonarme y sacudirme interiormente. Agaché la cabeza unos segundos y él se fue de la mesa. Alguien había llegado. Era el cartero, que venía a entregarle un sobre a mi amigo. Mientras lo miraba desde lejos interactuar con aquel joven, firmarle la planilla y despedirlo, pensaba mucho en la extraordinaria fuerza emocional de Rafael, pero como algo potencialmente catastrófico. Después él volvió a nuestra mesa y aquellos pensamientos me parecieron incoherentes, hasta que se disolvieron.

– Vamos a comprar esa propiedad. –me dijo con firmeza.

– ¡Bien!

– No entendiste. Te digo que te levantes y que nos vayamos urgente a tomar un taxi hacia la oficina del escribano, antes de que cierre. Voy a cerrar el local ahora hasta que regresemos. Podés dejar tus valijas aquí. La bandera no. La bandera va con nosotros.

Sonaba convencido, y es que estaba hablando muy en serio. Su sinceridad era cristalina, al punto de causarme vértigo.

A la salida me pidió ayuda para cerrar “El recuerdo”, mientras él sostenía la bandera. La verdad es que yo estaba muy concentrado lidiando con las llaves y cerraduras, y no me di cuenta del momento en que a Rafael la bandera se le cayó de

las manos y se fue volando con el viento. El chirrido fatal de frenada de un auto me sobresaltó, y al girar lo vi a mi amigo tirado en la senda peatonal, abrazado a la bandera. Corrí hacia él. El conductor del auto se bajó y me ayudó a alzarlo del brazo y llevarlo de nuevo hacia la vereda de “El recuerdo”. Luego se disculpó con ambos, volvió a su auto y avanzó para dar paso al tránsito que se manifestaba a bocinazos de impaciencia.

– Antes de que me preguntes nada, estoy bien. –me dijo– Tengo siete vidas, y huesos muy resistentes ¿Pero viste lo que yo te dije? Esta bandera se rebela contra nosotros. Vamos a tener que hacerle entender que no somos el enemigo. Y yo sé muy bien lo que estás pensando ahora. Te encantaría decirme que la bandera me salvó de ser atropellada, pero vas a tener que dejar que me divierta creyendo que está maldita, y que toda tragedia de ahora en más es culpa de ella.

En eso que estábamos ahí, hablando, el viento comenzó a intensificarse de pronto, y los dos miramos al cielo al mismo tiempo. En seguida nos miramos a los ojos. Recuerdo que al verme reflejado en las pupilas de mi amigo no podía evitar preguntarme silenciosamente si me había vuelto loco, y si era real todo eso que creía estar viviendo a su lado. ¿Cómo hacía para ser tan viejo y no haberme vuelto loco?, pensaba. Y al mismo tiempo sentía un deseo enorme de entrar en Rafael y quedarme a vivir dentro suyo. Porque finalmente había llegado ese día en que podía entender todo sobre nosotros, con lujo de detalles, y quería celebrar aquello dándole un beso en los labios. De joven siempre había pensado que entendería lo que nos pasaba después, más adelante, en algún futuro remoto, porque para eso iba a haber tiempo...

– Te quiero mucho. –me dijo.

– Y yo a vos. –le respondí.

Teníamos un objetivo en común otra vez, y un día hermoso de sol y viento por delante. Caminamos juntos, tomados del brazo, por 24 de septiembre, y yo pensaba que era mentira lo de haber cumplido todos nuestros deseos en la juventud. Era mentira porque seguíamos deseando cosas con la seguridad de poder concretarlas, como cuando teníamos veinte años... ¿Éramos jóvenes entonces?

En cuanto a mí, tampoco habían cambiado tanto las cosas, al fin y al cabo. Había cambiado mi cuerpo, y no para mejor. No estaba acostumbrado a este cuerpo tan estropeado, a las pastillas para la presión, a las migrañas, y a veces me daba cuenta tarde de la edad que tenía, cuando quería hacer cosas que hacía tiempo atrás, pero que

antes no dolían y ahora sí, como la pequeña corrida de recién. También me daba cuenta de mi edad a través del trato recibido por parte de los demás: “*buen día señor*”, “*andá, viejo de mierda*”. Quizás mi deseo real era ser joven, y quizás por el solo hecho de desearlo ya lo era... o quizás no, quizás nunca había llegado a ser tan joven como hubiera querido ser, y quizás este era el momento para serlo, al lado de mi mejor amigo. Antes de morirme debería ser joven, profundamente joven, simplemente para irme de la vida con el gusto de haberlo hecho todo.

– ¿Podés dejar de escribir con la mente un minuto? –me dijo Rafael, riéndose.

– ¿Cómo sabés...?

– Porque estás pensando tan fuerte que lo puedo escuchar. Vamos. –me dijo, y con la determinación que lo caracterizó desde siempre, procedió a tomar nuestra bandera, la desplegó, me puso una mitad de tela en la espalda y a la mitad restante se la puso él. Quedábamos como dos viejitas que jugaban a protegerse del viento con una manta, y a la vez parecíamos estar compartiendo una capa flameante.

– Sí, vamos. –le dije agarrando con fuerza mi mitad de nuestra multicolor y conservada capa.

Este librito fue impreso en mayo de 2018
en San Miguel de Tucumán, Tucumán, Argentina,
con una tirada de 100 ejemplares.